

Educación: un compromiso con la memoria

José Manuel Esteve

UN LIBRO
PARA EDUCAR
EN LIBERTAD



bolsillo @ octaedro

EDUCAR: UN COMPROMISO CON LA MEMORIA

José M. Esteve

**EDUCAR: UN COMPROMISO
CON LA MEMORIA**

UN LIBRO PARA EDUCAR EN LIBERTAD

editorial octaedro

BOLSILLO · OCTAEDRO, NÚM. 21

Primera edición: junio de 2010

Segunda edición (papel): octubre de 2010

Primera edición (ePDF): octubre de 2020

© José Manuel Esteve Zarazaga

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

C/ Bailén, 5 - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 - Fax: 93 231 18 68

www.octaedro.com - octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN (papel): 978-84-9921-118-3

ISBN (ePDF): 978-84-18348-62-4

Fotografía cubierta: Archivo Octaedro

Diseño y producción: Octaedro Editorial

A mi hermano Francisco Javier,
por darme una nueva oportunidad de vivir.

Y a las doctoras:

Garazi Letamendi (Servicio de Hematología del Hospital de Galdakano); Ana Isabel Rosell, M^a Paz Queipo de Llano (Servicio de Hematología del Hospital Clínico Virgen de la Victoria de Málaga); María del Carmen Villalta, M.^a Ángeles Cuesta, María Jesús Pascual, Alejandra Martín (Servicio de Hematología del Hospital Regional Universitario Carlos Haya de Málaga).

Tras pensar que se había acabado el tiempo, ellas me dieron la prórroga que necesitaba para escribir este libro.

NOTA DEL EDITOR

El día 6 de mayo de 2010 recibo un email de José Manuel titulado «Espero que te guste». Le manifiesto mi entusiasmo absoluto por el libro y por cómo lo había terminado. En la editorial lo editamos y maquetamos en un tiempo récord. José Manuel ve las pruebas, hace una lectura minuciosa del texto, incansable y perfeccionista, como siempre, me envía las correcciones, redacta aspectos finales, selecciona emocionado la foto de cubierta y, cuando está todo terminado a su absoluto gusto, le envío la prueba final y ya no responde. No responderá nunca, porque el 22 de mayo nos dejó. Nos deja un vacío inmenso y un libro lleno de una tremenda ilusión por la educación, por la libertad, por la alegría y por la vida.

JUAN LEÓN

Sumario

Nota del autor **11**

Introducción **13**

1. ¿A qué llamamos educación? **19**

2. La persona como ser histórico. El proceso de su apertura
al mundo **54**

3 . Los valores educativos de nuestra sociedad contemporánea **73**

4 . La relación educativa **107**

5. La autoridad en educación **132**

6. La libertad en educación **158**

Nota del autor

En agosto de 2009 recibí un diagnóstico de leucemia. Ésta tiene de malo que su tratamiento es largo y exige el aislamiento del enfermo durante largos periodos de tiempo para protegerlo de infecciones. Tiene de bueno que el aislamiento permite pensar y escribir con bastante calma.

Así se escribió este libro: *Educación: Un compromiso con la memoria*. Además de defender la memoria individual y colectiva como el elemento central con el que orientamos la educación de nuestros hijos y nuestros alumnos, el libro es un ejercicio de memoria personal, pues hube de escribirlo sin referencias bibliográficas – que luego completé en casa– y sin tener a mano los libros de apoyo que siempre releemos para escribir. En mi situación pensé que, tras treinta y siete años de enseñanza universitaria, bien podía escribir sobre lo que yo pensaba, sobre lo que explico a mis alumnos en clase y sobre aquellas ideas esenciales que se han quedado en mi memoria como el camino desde el que se construye una educación en libertad.

Como es obvio que otras personas enfocan los temas educativos desde otras perspectivas, al final de cada tema he incluido una bibliografía complementaria, a la que el lector puede recurrir para contrastar mis ideas, obtener otras visiones de los temas tratados y construir sus propias orientaciones.

Algunos capítulos se han escrito recuperando trabajos anteriores: uno había quedado desfasado por el paso del tiempo; el otro exigía una puesta al día para integrar la discusión de acontecimientos recientes muy comentados en los medios de comunicación con motivo del intento de lograr un Pacto por la Educación.

Volver a pensar y volver a escribir sobre lo ya pensado y escrito nos permite profundizar, matizar el propio pensamiento y, sobre todo, explicar con más claridad las ideas fundamentales que hacen más fáciles y asequibles los temas de los que hablamos.

Esa es mi intención al publicar estos seis temas básicos para una educación en libertad: explicar las ideas claves de la educación para los padres que no saben cómo enfrentar la educación de sus hijos y para los universitarios que se preparan para ser profesores y deben tener ideas claras sobre qué hacer para orientar su acción educativa.

Aunque exige tener las ideas claras, educar no es muy difícil. Lo han hecho los padres desde el principio de los tiempos basándose sólo en su sentido común, y en la distinción entre los valores que dieron calidad a su propia vida frente a aquellas actitudes y comportamientos que degradan la vida humana.

Ése es el mensaje esencial que transmitimos a nuestros alumnos y a nuestros hijos: evitar los comportamientos que consideramos degradantes y construir en libertad la propia vida sobre los valores que cada uno hemos elegido para orientar nuestro propio proyecto de vida.

Espero que mis reflexiones les ayuden a pensar por sí mismos en la importancia de una educación en libertad y en los caminos a recorrer para alcanzarla.

Introducción

Educación: un compromiso con la memoria

Decir que «educar es un compromiso con la memoria» no es en absoluto una frase bonita para dar título a un libro. Se trata de una afirmación que expresa una de las ideas centrales que este libro va a defender.

Durante siglos, hemos educado a nuestros hijos sin los consejos científicos de la Pedagogía o la Psicología, que son ciencias relativamente recientes; y, para educar a sus hijos, las personas se han basado en el sentido común y en la memoria de la experiencia acumulada a lo largo de sus vidas.

¿Qué debo transmitir a mis hijos? ¿Cómo educarlos?...

Si en mi propia experiencia vital tengo clara la amargura de la gente que vive basada en la envidia, intentaré enseñar a mis hijos que la envidia degrada la vida humana. Después de haber visto el sufrimiento de las personas que viven comparándose permanentemente con los demás, es normal que yo enseñe a mis hijos que el mundo está lleno de personas más listas, más ricas y más guapas que ellos, y que el deseo permanente de imitar a los demás suele acabar en la desgracia de no saber construir una identidad propia; pues la misma experiencia nos enseña que un componente de la madurez humana y de la autorrealización personal consiste en que la persona sepa quién es, se acepte y esté a gusto consigo misma. Por el contrario, nos parecen ridículas aquellas personas que van cambiando de identidad según el ambiente en el que se mueven, tratando de imitar las modas de turno, con la pretensión

de ser el niño en el bautizo, la novia en la boda y el muerto en el entierro.

Si, en mi experiencia vital, pienso que la envidia es mala, intentaré educar a mis hijos en esa idea. Igualmente, no necesito grandes enfoques filosóficos ni una fe religiosa para entender que la crueldad, la avaricia, la falta de esfuerzo para conseguir lo que me propongo, la obsesión sexual o la falta de autodominio degradan la vida humana.

Igualmente, a partir de mi propia experiencia, he descubierto que la mentira y la deslealtad pueden reportarme beneficios a corto plazo; mientras que, después, acaban por destruir las relaciones con mis amigos y la confianza de los demás en mí. Por tanto, a la hora de educar a mis hijos, cuando me encuentro con las primeras inocentes mentiras infantiles, como un compromiso con mi propia memoria, les advierto de las consecuencias a medio plazo de que los demás te consideren un mentiroso, o alguien que no tiene palabra y es capaz de actuar con deslealtad hacia quienes confían en él.

Pero, además de la experiencia individual está la experiencia colectiva. Hay acontecimientos y experiencias que yo no he vivido; pero las personas que las vivieron nos han hecho llegar sus relatos, a través de la Historia y de la Literatura, hasta hacernos comprender la grandeza o el horror de acontecimientos del pasado. A partir de estas fuentes, he aprendido lo suficiente de la democracia griega como para tener como ejemplo, salvando las distancias, a la Atenas de Pericles; mientras que el horror del Holocausto nazi, conservado en el Museo Yad Vashem de Jerusalén, me lleva al compromiso de enseñar a las nuevas generaciones que el odio racial, la crueldad y el desprecio hacia nuestros semejantes pueden conducirnos a unos límites de horror inhumanos. De nuevo aquí, el compromiso con la memoria me lleva a educar ofreciendo a los jóvenes la Atenas de Pericles como un ejemplo, y el Holocausto nazi como un horror que la humanidad no puede volver a consentir.

Por último, mi memoria se ha formado de lecturas en las que he ido recogiendo el pensamiento de otras personas. Entre

los cientos de libros que ido leyendo a lo largo de mi vida, hay muchos que he olvidado completamente; mientras que de otros guardo memoria porque me han hecho descubrir algo importante; hasta el punto, no sólo de recordarlos, sino de incorporar sus pensamientos a mi forma de entender la vida. Como profesor también tengo un compromiso con mi memoria. De hecho, después de más de treinta y siete años enseñando en la Universidad, considero que mi labor consiste en estudiar y leer para ofrecer a mis futuros alumnos lo mejor de lo que he leído, desechando las lecturas banales, las tendencias de moda y el pensamiento hueco. Si considero que un autor nos ofrece una determinada idea que es importante para educar, mi compromiso con mi memoria me lleva a citarlo ante mis alumnos con el deseo de que seleccionen sus lecturas centrándose en los libros más importantes y evitando que se pierdan en lecturas irrelevantes.

Así, como veremos en el capítulo primero, leyendo a Richard S. Peters descubrí una idea importante para educar, de la que guardo memoria como un pensamiento aprendido de otro; pues él marca uno de los contenidos fundamentales de la educación, afirmando que cualquier acción humana puede afrontarse de un modo delicado, inteligente y sensible que ofrece un valor añadido a dicha acción. En efecto, podemos observar que hay personas que tratan a los demás como animales; hay personas que comen como cerdos; y otras, que hacen el amor como los perros. Frente a ellos, hay otras cuyo trato humano es una delicia, pues tienen un exquisito cuidado en no herir a los demás; hay personas que han hecho de la gastronomía un arte; y otras que afrontan las relaciones sexuales con información, delicadeza y un enorme respeto hacia el otro. Eso es lo que ofrece la educación. No importa la acción humana que afrontemos, siempre se puede hacer de dos maneras: a lo bestia; o desde la información, la sensibilidad, el conocimiento y unas actitudes hacia las personas y las cosas que denotan que hemos desarrollado valores y pensamientos. Podría poner muchos ejemplos; pero uno de los más obvios es la diferencia que hay entre visitar una ciudad o un museo sin saber el valor de lo que estoy viendo; frente a la visita en la que alguien nos

explica el valor, la historia y los detalles del lugar que visitamos. El conocimiento y la información que nos aportan nos llevan a ver la realidad de una forma diferente, más plena, y en la que disfrutamos más de nuestra visita.

Educar consiste, en último término, en enseñar a otros a vivir. Para ello, los padres y los educadores necesitamos afinar nuestro pensamiento hasta lograr una contestación personal a la última pregunta que todos debemos contestar: ¿en qué consiste una vida digna?

Esta pregunta la podemos formular de muchas maneras. En positivo, Goethe la enunciaba preguntando qué da calidad a la vida humana; o en negativo, qué formas de vivir nos degradan. Evidentemente, si yo como padre o como educador pienso que algo le da calidad a la vida humana, desde el compromiso con mi memoria, procuraré transmitir la importancia de ese valor a mis alumnos y a mis hijos; mientras que tenderé a advertirles en contra de aquellas actitudes y comportamientos que degradan la vida humana. Por supuesto que distintos grupos sociales, diferentes grupos culturales y cada individuo en particular han desarrollado diferentes códigos morales e interpretan una misma experiencia con valoraciones distintas; pero todos ellos tienen en común el deseo de transmitir a sus hijos lo que, en su memoria, consideran valioso. Como veremos en el capítulo primero, el hecho de que existan diferentes códigos morales no debe suponer más que una llamada de atención para mantener activa nuestra investigación sobre los valores que dan calidad a la vida humana y nuestro compromiso para hacer reflexionar sobre ellos a nuestros alumnos y nuestros hijos. También entre los recuerdos de mis lecturas, tomé prestada una idea de Suchodolski, en la que nos advertía de que los escépticos y los dogmáticos rechazan esta investigación activa, pues ambos tienen en común el no querer buscar la verdad; los primeros porque piensan que jamás la encontrarán, y los segundos porque creen poseerla de una vez y para siempre.

Con independencia de las modas del momento, o de los valores que nuestra sociedad quiera imponer como verdades indis-

cutibles, cada uno de los educadores necesitamos encontrar una respuesta válida que dé sentido a nuestro trabajo en la educación, pues los niños y los adolescentes enseguida descubren nuestras incoherencias y nos echan en cara nuestras traiciones hacia las ideas que les proponemos y que decimos defender.

Vuelvo hacia la memoria colectiva, y me voy a la Historia buscando en los clásicos las primeras respuestas. Leo la *Ética a Nicómaco*. En ella, Aristóteles nos advierte de que la vida humana es acción, y de que son nuestras acciones las que nos hacen felices o desgraciados. Para orientar nuestras acciones nos invita a de-liberar; es decir, a liberar nuestras decisiones de las presiones ajenas, dedicando un tiempo previo a la reflexión, a pensar antes de actuar. Pero nos advierte: «No basta con pensar bien, sino que hay que actuar a lo largo de nuestra vida, pues los que actúan rec-tamente alcanzan las cosas buenas y hermosas, y su vida es por sí misma agradable». Saco la conclusión de que enseñar a pensar a nuestros alumnos es la primera tarea educativa que debemos abordar; pues, como dice Aristóteles, lo que distingue la vida hu-mana de los que viven como animales es la capacidad de guiarla con nuestro pensamiento.

Cicerón, citando a Ennio, se pregunta: ¿en qué puede consistir una vida digna de ser vivida? Y responde: «Los que en su conduc-ta y en su vida han dado pruebas de lealtad, integridad, justicia y generosidad, sin que se observe en ellos ni codicia, ni pasiones, ni arrogancia, y son personas de gran constancia... pueden ser considerados hombres de bien». A veces, vale la pena volver la vista hacia el pasado para saber si nuestro mundo actual avanza o retrocede, y cuáles de los valores de moda deben ser combati-dos desde la educación. De nuevo aparece aquí la importancia de mantener un compromiso con la memoria. Cicerón nos nombra la codicia como el primer obstáculo para una vida digna. ¡La co-dicia! ¿A alguien le suena haber oído hablar de ella en los últimos años? Nuestra sociedad actual vive inmersa en casos de corrup-ción política y se enfrenta a la degradación del medio ambiente, a crisis financieras y escándalos inmobiliarios... ¿Tendrán alguna relación con la codicia? ¿Podríamos ponerles freno, y construir

una sociedad mejor, educando a las nuevas generaciones, como propone Cicerón, en la integridad, la lealtad, la justicia y la generosidad?

Educar es, pues, un compromiso con la memoria; con nuestra memoria individual y con la memoria colectiva que se transmite a través de la tradición oral, de la cultura y de la Historia.

1. ¿A qué llamamos educación?¹

1. Criterios para definir la educación

En el lenguaje corriente, y sin mucha precisión, llamamos educación al conjunto de los procesos de aprendizaje que realiza una persona. Sin embargo, hay muchos tipos de aprendizaje, y a algunos de ellos no los consideramos educativos. Para distinguir los procesos de aprendizaje que consideramos educativos de aquellos que no lo son, nos basta con recurrir al análisis del lenguaje corriente. En efecto, en todas las lenguas hay diversas palabras para distinguir entre los diferentes procesos de aprendizaje. En castellano usamos la palabra educación, por supuesto, pero además, en el lenguaje cotidiano, empleamos enseñanza, aprendizaje, formación, instrucción, adiestramiento, entrenamiento, adoctrinamiento, condicionamiento, amaestramiento, aleccionamiento, manipulación, y alguna otra palabra más. Cuando una persona enseña a su perro a sentarse con un gesto o una orden, raramente dice que lo está educando, suele decir que está *amaestrando* o *entrenando* a su perro; de la misma forma, los aprendizajes que podemos hacer en el ejército se denominan *instrucción* militar y no *educación* militar.

1. Este primer tema vuelve a estudiar un trabajo publicado hace más de veinticinco años: Esteve, J.M. (1983). «El concepto de educación y su red nomológica». En: Varios. *Teoría de la educación. El problema de la educación*. Murcia, Editorial Límites (Edición agotada). El lector observará notables diferencias entre las ideas expuestas en aquella publicación y esta nueva revisión de la red nomológica del concepto de educación.